



**Queremos  
seguirlo  
teniendo cerca,  
con su tolerante  
dulzura**

## **Pepe Barroeta**

*Laura Antillano*

**E<sub>n</sub>**

mi casa de infancia tenían la extraña idea de que escritores, poetas, artistas, eran, son gente de alma pura y entrañas volátiles, corazón alado, palabra transparente, entrega sin reservas, generosidad servida en bandeja, cielo en las manos.

Un día, ya adultos, mi hermano mayor, Pablo, me dijo: -¿Ya descubriste que aquellos que nos enseñaron no es verdad?

Yo sin contestarle, pensé: -tiene razón. Los poetas no son mejores que los usureros ni los vendedores de baratijas, ni los recogedores de basura, ni los locutores de televisión, ni los leñadores, ni las presidentas de condominios, ni los policías.

Lo oscuro existe en todas partes, el escaño, la neblina, lo turbio, la mentira, lo equivocado, la envidia, el ojo receloso, la puñalada por la espalda.

Me costó muchos siglos saber que esa materia de ángeles atribuida a los poetas era un asunto proveniente de la ley de las relatividades, y a lo mejor inventada por una mano capaz de cavar en el pecho de lo más indefensos, como espejo retrovisor.

Pero, también es verdad, que en ese tropel de insignias de fachada, algunas vacías de todo contenido sustancioso, también la inmensidad nos premia colocándonos delante la poesía como razón personal, como materia de construcción humana.

Escritura y alma como una hoja de papel de dos caras.

Con las entrañas dejando salir la palabra como un aullido vegetal, voz nunca ajena, como libro abierto a la transparencia.

Diría que ese era Pepe Barroeta.

Cuando llegué a vivir a Valencia ya Pepe no estaba aquí, de modo que mi relación con él como persona vino primero desde la lectura de "Todos han muerto" y luego a través de esa cobija de gigantes, que nace del entrecruzamiento de los brazos tras las espaldas de los camaradas poetas, rememrando nostálgicos, las pequeñas incidencias de un pasado incierto, a lo mejor inventado y utópico.

Una decía: -La gente de Mérida, por acá estuvieron los de Mérida. Se reunieron los poetas, amanecieron los poetas.

Y Pepe era una luz, tenue, dulce, luz al fin.

Una se sentaba con Pepe y podía estar hasta la madrugada viendo la escondida luna del horizonte, mientras se tocaba un poema, se recordaba una frase, se traía una atmósfera, se hablaba del día aquel en que..., o la página donde dice, o la imagen de..., acaso una risa, un detalle suave recordado con picardía. Unos silencios entre las bocanadas de humo de sus cigarros, casi a punto de caerse de entre los dedos.

De Pepe Barroeta la calidez, como un hilo íntimo, sin necesidad de nombres ni medallas, la cercanía melancólica de su transparencia. Eso era. Ahí estaba. Se hacía sentir y no podía una olvidarlo.

Hace unos cuantos años, en un Simposio de Literatura Venezolana que realizamos aquí en Valencia, Pepe vino a participar, lo vimos inquieto, iba y venía, yo le preguntaba, ¿sobre qué hablarás? -, -Ya verás. Me decía.

Y así llegó el momento de su lectura en la mesa.

Entonces Pepe, con una enorme tranquilidad, con una asombrosa y dulce tranquilidad, comenzó a leerme, públicamente, una carta que me escribió, y en la que no hablaba de temas literarios, ni de retórica, ni del verbo, pero hacía poesía, una extraordinaria y calcinante poesía, alejada de toda ordinariez. Pepe me explicaba en esa carta, por qué razón no podía preparar una ponencia de orden académico y distante, pero sí escribir un poema-carta para contarme, contarnos a todos allí, la muerte de su hermana y su hermano, recientes, frescas, dolorosas,

atormentadoras, muertes a las que en ese momento estaba atado sin remedio y cuya sensación de quemadura debía estar en lo escrito como un tatuaje. Recuerdo que Pepe terminó de leer y había un silencio en todos nosotros, incapaces de un balbuceo incoherente.

Nunca quiso luego entregar ese papel escrito en su caligrafía. Y nos quedó la imagen de su dolor estampado en cada gesto de la tarde.

“Qué oro debo dar a la muerte  
si no hay abismo debajo de mí  
ni más arriba  
sino en mí todo encerrado como en los  
frutos.”(Oculto).

Hoy la muerte de Pepe Barroeta nos reúne, nos toca hondo, como si despertáramos de un sueño penetrados por un soplo frío, abismal.

Queremos sin embargo, seguirlo teniendo cerca, con su tolerante dulzura, la sordidez de este momento puede verterse en la taza y dejar en su lugar el recuerdo habitual de un alma, que fue siempre cercana, dilatada en su melancolía, acogedora como la sombra de los árboles. Porque, tal y como él nos enseñara:

“Hay un arte,  
un paisaje a veces amable,  
a veces torvo,  
donde ascenso y descenso son accesorios  
de la materia limpia.  
Hay un arte de anochecer.  
Quien haya vivido o soñado con bosques,  
luces y demonios,  
lo sabe. “(De: “Arte de anochecer”).  
Que descanse en paz.

***27 de junio del 2006***